

Universidad Alberto Hurtado
Departamento de Ciencias Sociales
Facultad de Sociología
Seminario de Grado 'Cuerpo y Sociedad'
Segundo Semestre, Quinto año
Santiago de Chile 2008
Profesora Guía: María Emilia Tijoux



**UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO**
LA UNIVERSIDAD JESUITA DE CHILE

“Con el cuerpo en la basura”

Mujeres Recolectoras en Santiago

C a r t o n e r a s

“Lo que bota el rico el pobre lo recoge”

Jacqueline trabajadora del papel desde los 8 años.

Alejandra Rojo Almarza
29 de Diciembre 2008

Índice

I.	Introducción.....	4-6
II.	¿Quiénes son las mujeres recolectoras, conocidas como Cartoneras y cómo realizan su trabajo?.....	6-10
III.	El mundo del trabajo y las mujeres	
	III. a La valorización del trabajo en la historia.....	10-12
	III. b La economía informal y el trabajo precario.....	12-14
	III. c Las mujeres, el género y la pobreza en el mundo del trabajo.....	14-17
IV.	La construcción de la femineidad de las recolectoras.....	17-22
V.	EL cuerpo y la interacción	
	V. a El cuerpo en las sociedades modernas occidentales.....	22-24
	V. b Las interacciones y sus técnicas.....	24-25
	V. c La mirada en las interacciones.....	26-27
	V. d El saber popular.....	27-28
VI.	Consideraciones finales.....	28-32
	Bibliografía.....	33-35

Resumen

El presente artículo presenta desde una visión comprensiva el trabajo de mujeres recolectoras en Santiago, conocidas como Cartoneras. Se abordan las interacciones sociales que realizan las mujeres recolectoras y se conoce el trabajo informal y precario que llevan a cabo. Esto se realiza en un contexto de análisis del cuerpo como el lugar predominante donde se inscriben los fenómenos culturales y sociales, y es vector de las interacciones sociales del individuo que lo contiene. Este abordaje del cuerpo se cruza con la perspectiva de género. Se indaga sobre los discursos de femineidad que construyen las recolectoras y la relación de éstos, con una valoración positiva que ellas realizan sobre su trabajo, en contraste con la valoración negativa que tiene la sociedad en su conjunto.

Palabras claves

Cartoneras – recolectoras - economía informal y trabajo precario – cuerpo - estigma – género - femineidad - desigualdad entrecruzada-.

Abstract

This article presents a comprehensive view from the work of women gathering refuse in Santiago, known as Cartoneras. It addresses the social interactions that women collectors do and it makes possible to know the precarious and informal work they carry out. This is done in an analysis of the body as the place where the prevailing cultural and social phenomena occur, and is a vector of social interactions of the individual that contains it. This approach of the body crosses the gender perspective. It inquires into the discourse of femininity that the collectors build and their relationship with their own positive evaluation of their work, in contrast to the negative assessment they awake in the society as a whole.

Key words

Cartoneras - collection - informal economy and precarious labor - body - stigma - gender - femininity- intertwined inequality -.

I. Introducción

El presente artículo intenta dar a conocer, desde una visión comprensiva, un fenómeno social presente durante muchas décadas en Chile, pero invisible a los estudios académicos, las políticas públicas, las cifras oficiales y las ONG's del país. Sin embargo, presente en algunos de los rincones de los imaginarios urbanos de los residentes de Santiago y Chile. Nos referimos al trabajo de las mujeres recolectoras y seleccionadoras de los desechos que arrojan los habitantes de la ciudad de Santiago, conocidas como Cartoneras.

El artículo se inserta en un Chile actual, cuya ideología mercantilista ha dejado al mundo del trabajo profundamente desregulado y precarizado. En este contexto analizamos el surgimiento de una industria de la basura, protagonizadas por las recolectoras que componen el eslabón más bajo y desprotegido de la cadena productiva. No obstante su labor es esencial y útil para las industrias asociadas a la re-utilización de material, la recolección municipal de basura, la ecología social y la economía del país.

Mostraremos las dificultades que estas trabajadoras tienen al momento de intentar reconocerse y legitimarse en un trabajo que se encuentra excluido de la cartografía de ocupaciones laborales aceptadas en la modernidad chilena.

Se aborda las interacciones sociales que organizan las mujeres recolectoras al conocer el trabajo informal y precario que llevan a cabo, en un contexto de análisis del cuerpo como el lugar donde se inscriben los fenómenos culturales y sociales, y vector de las interacciones sociales del individuo que lo contiene. Este abordaje del cuerpo se cruza con la perspectiva de género.



Investigamos cómo el cuerpo de las recolectoras que trabajan *con* y *en* la basura carga con un estigma social, debido a la realización de un trabajo marginal. Además se encuentra cruzado con la categoría de género, forjando una doble estigmatización.

Desde la perspectiva de género, analizamos una exclusión *del* y *en el* mercado del trabajo, lo que genera una

marginalidad ocupacional, perjudicando a las mujeres al momento de buscar mejores oportunidades dentro del sistema, para sobrevivir y enfrentar las carencias cotidianas y el sufrimiento social que se desprende.

A partir de estas interrogantes, nos preguntamos ¿Cómo y por qué el cuerpo de las recolectoras es rechazado socialmente? ¿Por qué se considera que una mujer no debe trabajar seleccionando basura y un hombre sí puede hacerlo? ¿Qué sucede con la construcción de femineidad cuando una mujer realiza un trabajo tan estigmatizado como éste? Y de este modo ¿Qué concepción de femineidad está presente en nuestra sociedad que una mujer no puede hacer un trabajo que es considerado sucio, sin embargo un hombre sí? Y por último, el artículo entrega pistas de reflexión respecto a las fronteras delimitadoras de lo útil y lo inútil, de lo aceptado y lo rechazado y de lo puro y lo impuro en las sociedades modernas, para lo cual rescatamos lo planteado por la antropóloga M. Douglas.

Estas preguntas que guían el trabajo van a ser respondidas a lo largo del artículo, para esto trabajamos con diferentes autores. El cuerpo como el principal vector social de las interacciones es estudiado por D. Le Bretón, M. Mauss y E. Goffman. Para comprender las construcciones de género en la sociedad utilizamos a J. Butler, C.R. Connell, P. Bourdieu, T. Barbieri y para indagar en las concepciones de femineidad utilizamos las investigaciones C. Mora, N. Fuller y M. León. Estas opciones se cruzan con la incorporación de la mujer al mundo del trabajo globalizado donde revisamos las nociones de S. Sassen y lo propuesto por la OIT sobre trabajo decente y las nociones sobre la economía informal. Y para comprender este fenómeno en un contexto global y no como problemática local, rescatamos lo planteado por Z. Bauman.

El trabajo en terreno realizado por la autora durante los meses de agosto, septiembre y octubre del 2008, presenta además cuatro entrevistas en profundidad efectuadas a mujeres recolectoras en Santiago, las cuales en sus inicios fueron exclusivamente recolectoras de cartón. Las entrevistas constaron de dos horas de conversación con una pauta semi-estructurada y además un acompañamiento en el trabajo de recolección, selección y venta del material, con el fin de observar *in situ* sus interacciones en la calle y con sus vecinos.

Esta revisión da a conocer una realidad social casi inexplorada por las ciencias sociales y por la sociología. Las mujeres recolectoras han sido olvidadas como trabajadoras que buscan sobrevivir en la modernidad, ellas se han vuelto invisibles a los ojos académicos y políticos, siendo postergadas de toda investigación y políticas públicas. El trabajo de estas mujeres continúa en el olvido y cada día se vuelven más invisibles hasta el punto de confundirse y configurarse con el paisaje de la calle, sin ser reconocidas por la útil labor que ellas desarrollan.

Este tema se inserta en el mundo del trabajo, sin centrarse exclusivamente en él. La compleja realidad de sus protagonistas invita, desde sus cuerpos resistentes y sufridos a entrecruzar distintas perspectivas que dejan ver su profunda construcción. La configuración del cuerpo en un trabajo muy precario, el género y las construcciones de su femineidad, y la marginalidad ocupacional por ser mujer.

Pensamos que varias miradas teóricas sobre un objeto y un sujeto como el que presentamos, contribuye a una humanización de los trabajos tanto en su metodología como en su comprensión. Por otra parte, se facilita el camino para superar las dificultades de comprender lo que significa para estas mujeres ser recolectoras, cómo las ven los otros cuando pasan y lo que implica para el mercado su quehacer.

II. ¿Quiénes son las mujeres recolectoras, conocidas como Cartoneras y cómo realizan su trabajo?

En Chile como en Latinoamérica existe un gran número de personas que subsisten de los residuos de la sociedad, es decir haciendo de la recuperación de los residuos sólidos urbanos su medio de vida. En cada país Latinoamericano se les denomina de distinto modo: recicladores, pepenadores, cartoneros, cirujas, clasificadores, buceadores, guajeros, minadores, catadores, thawis, barequeros y un infinito número de determinaciones dependiendo de las distintas localidades. Sin embargo lo que poseen en común es que son hombres, mujeres, niños y niñas que se encuentran en distintas sociedades modernas realizando esta actividad como estrategia de sobrevivencia.

En Chile estas personas son llamadas Cartoneros/as, debido a que en una primera instancia sólo recolectaban el cartón para su venta, pero en la década de los 90' las empresas empiezan a comprar otros materiales como papel, plástico y metal. Es por esto

que se incorporan otros materiales a la recolección, como el papel blanco y de color, los plásticos y la chatarra metálica entre otros. De esta forma el Cartonero/a chileno/a que salía en su carretón por las calles de Santiago a recolectar y seleccionar el cartón, expandió sus recolecciones y con ello su auto-percepción de su trabajo.

Respecto a las mujeres, ya no todas se auto-denominan 'cartoneras', sino algunas 'trabajadoras del papel', 'recicladoras', 'recolectoras', hasta 'recolectoras de residuos urbanos'. Tomando la cartonera distintas modalidades de determinación, pero en la base sigue lo común, la recolección, selección y venta de desechos urbanos y, esta actividad es utilizada como estrategia de supervivencia de los sectores más pobres de la sociedad y excluidos de un mercado laboral decente.

Esta reconfiguración de las cartoneras en su material de selección, se da en el momento que la economía chilena las necesita y las inserta dentro de nuevos espacios del mercado laboral informal. Esto se debe a que son ellas las protagonistas en la cadena de los residuos sólidos selectivos, cumpliendo la labor del primer eslabón, la de recuperación del material.

Estas mujeres realizan un rol esencial para la economía del país, a través del aporte a grandes industrias, como las papeleras, las industrias de acero y del plástico. Sin embargo esto no ha llevado a un reconocimiento y un beneficio para quienes realizan esta actividad.

El negocio de la basura -la recuperación de los residuos sólidos de la sociedad- se relaciona directamente con la pobreza, debido a que son los más necesitados los que realizan esta tarea como forma de subsistencia. También se relaciona con la informalidad por la inexistencia de contratos de trabajo, de protección social y de seguros laborales. Además se relaciona con la ilegalidad al no estar formalmente autorizadas para la recolección, aunque colaboren sustancialmente a la recolección formal de residuos.

Observamos que existen varias formas de llevar a cabo este proceso, si bien en muchos de los casos es una tarea que se realiza individualmente o como trabajo familiar, cada uno adopta modalidades determinadas adquiriendo formas de selección, rutinas, recorridos e interacciones seleccionadas.

Podemos ver que en el Santiago actual, algunas trabajadoras salen con sus carros a recolectar durante el día por las calles, mientras otras salen de noche. Algunas lo realizan buscando el material directamente en casas residenciales, oficinas e industrias, generando un vínculo con las personas y acordando con ellos los días para pasar a buscar el material. Otros van únicamente recuperando por las calles de las mismas bolsas de basura y colocando en sus carretones sólo el material que es útil que correctamente ordenan.

Otra modalidad es la recolección de bolsas de basura completas, que trasladan a un sector específico para la selección del material. Generalmente se necesita un camión para poder realizar este proceso, debido al volumen de basura cargada. Este proceso sucede con las bolsas de basura del centro de la ciudad, específicamente de los organismos estatales chilenos, porque en sus desechos encuentran grandes volúmenes de papel blanco y restos de comida en buen estado. No sólo se retiran las bolsas del centro por su rico material, sino también por las grandes toneladas existentes diariamente. Hay que tener en consideración que nunca el material está seleccionado, como es el caso de países europeos y algunos latinoamericanos como Argentina.

Este último proceso sucede al amparo de varios empresarios del papel. Es el caso de recolectoras y recolectores que trabajan en la comuna de Quinta Normal, a un costado de la línea férrea, al finalizar la calle Nueva Andrés Bello con el río Mapocho.

Hace ya unos años, varios cartoneros y cartoneras trabajaban al amparo de empresarios del papel que les pagaban el sueldo mínimo, debiendo recolectar y seleccionar en la basura el material para la entrega. Para este fin, constaban con un terreno que les facilitaba el empresario. Los trabajadores/as no contaban con contrato, por lo tanto no tenían ninguna protección social.



Esta forma cambió, hoy el empresario les presta su terreno con luz y agua para la selección de la basura y los trabajadores/as deben vender el papel sólo al dueño del terreno. El pacto es la utilización de los suelos de la industria a cambio de la entrega semanal de volúmenes a un precio prefijado –inferior al de otros lugares debido a la

utilización del terreno-. Se paga inmediatamente por el material entregado, no existe ningún contrato de trabajo, ni seguridad social. Hay que decir que este lugar es un terreno de tierra con galpones de cartón, luz y agua potable. No posee la infraestructura necesaria y por supuesto que no cumple con ninguna medida de seguridad e higiene.

Con el material recolectado y seleccionado existen varias formas de venta, una posibilidad es venderlo directamente a las industrias, donde cualquier persona que llegue con material puede venderlo obteniendo un pago inmediato.

Otra posibilidad es la entrega a pequeños centros de acopio que compran el material para luego revenderlos. Estos centros generalmente pertenecen a cartoneros que ya no salen a recolectar, por vejez, invalidez u otros, pero que lograron conseguir un terreno para juntar el material y un camión para transportarlo. Por lo general estos centros no poseen las máquinas necesarias para realizar el acopio, sino que son las mismas industrias que reciben el producto para prensarlo. Pero son pequeños centros intermediarios, que se auto-determinan centros de acopio sin serlo técnicamente.

En el 2007 en Chile se formó el primer movimiento nacional de recolectores, organismo que agrupa alrededor de doscientas personas. Se estima que en el país existen aproximadamente ciento setenta y ocho mil recolectores, cifra no oficial¹. Sus ingresos fluctúan entre \$150.000 y \$200.000, los cuales, en algunos casos se encuentran sobre el sueldo mínimo, a cambio de un alto grado de informalidad, ilegalidad y marginalidad. Según fuentes internacionales, nuestro país es el único de Latinoamérica que no posee representación en el movimiento latinoamericano de recolectores. Esto muestra la baja organización, la inexistencia de políticas públicas focalizadas y la nula consideración por los gobiernos centrales y municipales, donde el tema no está ni ha estado en la agenda pública. Hace muy poco, a fines del 2008, encontramos las primeras experiencias de apoyo municipal a las cartoneras/os, proyectos pilotos en dos municipalidades, los cuales se han iniciado con éxito, formalizando el trabajo a un grupo de cartoneros/as².

1 No existe una cifra oficial que contemple a las personas que trabajan de la recuperación de material, sólo existen aproximaciones de bajo sustento metodológico.

2 Encontramos la experiencia en la comuna de Peñalolén, donde se creó un 'Centro de Reciclaje y Educación Ambiental', y son los cartoneros/as del municipio los encargados de su funcionamiento. Y en la comuna de Maipú, donde la asociación de cartoneros 'Las Hormiguitas' suscribió convenio con el municipio, formalizando su trabajo.

Sobre antecedentes de trabajos especializados o investigaciones chilenas que aborden la experiencia de hombres o mujeres cartoneros son casi inexistentes. Este tema no ha sido estudiado en profundidad. La revisión que hicimos sólo arroja investigaciones cuando los cartoneros como trabajadores informales e independientes se agrupan. Además son trabajos que atañen a los hombres, y no encontramos investigaciones sobre mujeres cartoneras. Sin embargo, en nuestro país vecino, Argentina el tema ha sido investigado en profundidad, formulándose varias políticas públicas relativas a este grupo de trabajadores. Esto sucede a partir del 2001 con la crisis, donde emergió un fuerte movimiento de cartoneros y cirujas, generando una visibilidad y por ende agendando temas y logrando incidir en el sistema político. También han desarrollado investigaciones exclusivas sobre mujeres cartoneras, descubriendo diferencias en los significados de la recolección³.

III. El mundo del trabajo y las mujeres

III. a La valorización del trabajo en la historia

El trabajo como fenómeno social fue concebido tradicionalmente una actividad que no era objeto de valoración, al estar considerado como una necesidad. De este modo se da una búsqueda de liberación de éste para alcanzar una condición humana, realizando tareas relacionadas al arte y a la filosofía, liberándose de las tareas tortuosas como el trabajo era percibido. Avanzando en la historia, analizamos la existencia de un pensamiento de reivindicación del trabajo difundido por la tradición judeo cristiana, donde es visto desde una doble dimensión: constituye una apropiación de la naturaleza y asegura la sobrevivencia, y lo sitúa en un espacio de trascendencia, ya que dignifica al sujeto.

En la modernidad la economía clásica le asigna al trabajo un importante valor, debido que es a través de éste donde los hombres alcanzan su condición de humano y de ciudadano. Como plantea Adam Smith a través del trabajo se constituyen los vínculos sociales y relaciones de movilidad social. De este modo el trabajo empieza a obtener una

³ Investigaciones como: "Algunas aproximaciones a la conceptualización del trabajo de las mujeres cartoneras que trabajan en Ciudad de Buenos Aires", realizado por Guillermina Martín y Cecilia Belistri, en el marco del Programa de Recuperadores Urbanos de Buenos Aires en el 2005.

connotación social debido al valor que posee. Así, si el trabajo es valioso, quién lo realiza también lo es.

Para Hegel el trabajo es una forma mediante la cual el espíritu alcanza autoconciencia. La única forma mediante la cual el espíritu puede afirmarse es cuando se observa a sí mismo como algo distinto de sí. Entonces, es el trabajo como proyección, mediante el cual el espíritu se reconoce.

Para Hegel y Marx la existencia humana se da gracias al trabajo, distinguiéndose los hombres como sujetos autónomos frente al mundo. Para Marx el trabajo es una actividad que media entre el hombre y la naturaleza, donde la naturaleza se transforma y al hombre además de transformarse, se constituye como sujeto.

Marx distingue que en la modernidad capitalista el trabajo aparece como fuente de valor y, a la vez es la clase burguesa, quien invierte el valor del trabajo como sentido objetivo. Según el autor, esta modernidad reivindicó el trabajo y a la vez causó explotación a algunos.

Son las tradiciones humanistas, el marxismo y la tradición judeo cristiana las corrientes de pensamiento que reivindican el trabajo como fuente de valor, como condición propia humana y productora de vínculos sociales, visión que domina hasta hoy en día en las sociedades occidentales modernas.

A partir de la década de los 70' se habla de una crisis del taylorismo y fordismo como modo de producción, ya que se agota el modelo de desarrollo capitalista. Esto trajo consigo nuevas formas de organización del trabajo y una crisis política del Estado benefactor. En Chile se vuelve incompatible capitalismo y democracia, ya que los grupos organizados social y políticamente ejercen presión en la distribución de riquezas, lo cuales son opacados, con represión social, política y cultural.

Se da una respuesta neoliberal y dictatorial a la crisis política, lo que conlleva una desregulación económica, privatización de empresas estatales, etc. Esto generó condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo, que permitieron reducir los costos laborales para los empresarios. Así el mercado del trabajo comienza a ser objeto de

desregulación, donde ya no se garantiza bienestar y la posibilidad que todos participen en el mercado laboral, produciendo una gama de precarios trabajos.

Este artículo se inserta en este último mundo del trabajo descrito, donde encontramos un gran número de trabajadores en la economía informal. Algunos trabajos –la mayoría- están desprotegidos socialmente, como es el caso de las recolectoras. El trabajo informal precede la década de los 70', pero va adoptando nuevas formas y escala en un contexto de globalización, neoliberalismo, migraciones fronterizas y del campo a la ciudad, generado un aumento de precarios empleos, como es el de las recolectoras.

III. b La economía informal y el trabajo precario

Utilizamos el término de economía informal como lo utiliza la OIT, donde se refiere a un *“conjunto de actividades económicas desarrolladas por los trabajadores y las unidades económicas que, tanto en la legislación como en la práctica, están insuficientemente contempladas por sistemas formales o no lo están en absoluto”* (OIT, 2002: 25). No existe una definición aceptada universalmente, debido a que es muy difícil e impreciso diagnosticar exactamente quién está en la economía informal. La definición dada nos muestran que en el mundo, como en Chile hay un alto número de trabajadores en la economía informal y su característica fundamental de las actividades informales es la precariedad de las condiciones de trabajo. Las recolectoras se insertan dentro de la economía informal y se caracterizan por poseer precarias condiciones y nula protección social.

Estimando el tamaño de la economía informal en Chile, se realizó un estudio (Sánchez, 2002) que tomó las dimensiones planteadas por la OIT en el año 2002 y los datos de la CASEN 2002. El 46.6% de los trabajadores chilenos tiene como actividad principal un empleo informal, desempeñándose principalmente en el comercio, en servicios comunales-sociales, en agricultura, caza y silvicultura. Se caracterizan -con respecto a los formales- por tener mayor edad, tener menos años de estudio o ser analfabetos, tener menores ingresos, residir en regiones y ser mujeres.

Como analizábamos anteriormente, a consecuencia del llamado proceso de globalización, las relaciones del trabajo conllevan una creciente desprotección de las trabajadoras y de inseguridad social. Para esto la OIT propone el concepto de trabajo decente, definido como *“aquel trabajo productivo que es justamente remunerado y que se ejerce en condiciones de libertad, equidad, seguridad, y respeto a la dignidad humana”* (OIT, 2002) A ello se agrega que *“el trabajo decente es el punto de convergencia de los cuatro objetivos estratégicos de la OIT que son: la promoción de los derechos fundamentales en el trabajo; el empleo; la protección social y el diálogo social”* (Ibid). La mayoría de los trabajadores que se incorpora a la economía informal no es por elección, sino como una forma de sobrevivir debido a un déficit de trabajo decente.

En la economía informal, se encuentra un gran número de trabajadoras que no están protegidas por los marcos jurídicos y reguladores, caracterizándolos por sus altos grados de vulnerabilidad y pobreza. Donde encontramos trabajadores de cuenta propia y asalariados igualmente desprotegidos y por ende vulnerables socialmente. Este es el caso del trabajo de las recolectoras, las cuales se encuentra insertas en la economía informal y su trabajo no cumple ninguno de los requisitos necesarios para ser un trabajo decente. De este modo es un trabajo precario, donde la OIT otorga una clara definición del empleo precario como una *“relación laboral donde falta la seguridad de empleo, uno de los elementos principales del contrato de trabajo. Este término comprende el contrato temporal y el contrato a tiempo fijo, trabajo a domicilio y la subcontratación.”* (OIT, 2002)

Observamos la existencia de varias razones por las cuales las mujeres son recolectoras y no se insertan en la economía formal del mercado laboral. Existe una insatisfacción del trabajo formal, principalmente por los bajos salarios, la sobrecarga de tareas, las extensión de jornadas laborales, abusos de poder y hostilidad. La razón que observamos con mayor fuerza se debe a los bajos salarios que ella reciben en la economía formal. Es por esto, que la recolección de desechos es una posibilidad de obtener un salario más elevado para intentar llevar una mejor sobrevivencia.

Los bajos salarios están en estrecha relación con las bajas posibilidades de encontrar trabajo en el mercado laboral formal, una de las razones se debe a poseer bajas

formaciones. Como nos cuenta Jacqueline *“Si yo quisiera dejar de trabajar en esto, quién me va a dar pega?...ahora en Chile para lavar los platos hay que tener cuarto medio... y si llegai a conseguir una pega, el sueldo no alcanza para comer”*

Una de las razones de la informalidad es la pobreza, ésta favorece la eliminación de las posibilidades de trabajo decente y protegido. La pobreza impide que las personas puedan invertir en ellas, en educación y capacitaciones necesarias para incrementar su propia empleabilidad.

Como analiza la dirección del trabajo de Chile, la *“informalidad es, ante todo, una cuestión de gobernanza. Muchas veces, el crecimiento de la economía informal puede deberse a políticas macroeconómicas y sociales inadecuadas, ineficaces (...) En aquellos casos en que las políticas macroeconómicas, incluidas las políticas de ajuste estructural, reestructuración económica y privatización, no se han centrado suficientemente en el empleo, éste se ha reducido o no se han creado nuevos puestos de trabajo adecuados en la economía formal (...) Muchos países carecen de políticas de creación de empleo y desarrollo empresarial concretas, y consideran que la cantidad y calidad del empleo es un elemento residual y no un factor necesario para el desarrollo económico”* (Helia, 2006: 25) Vemos que el problema radica en los procesos de globalización, los cuales no son suficientemente incluyentes y justos, de este modo no llegan los beneficios a los más necesitados.

III.c Las mujeres, el género y la pobreza en el mundo del trabajo

Dentro del marco económico mundial, consideramos necesario realizar un análisis a la categoría de género y así intentar entender las cuestiones de género en la economía global. Nace la interrogante ¿Cómo ha sido influenciada la categoría de género por el mercado global? y ¿Qué ventajas o desventajas ha tenido para las mujeres?

El proceso de globalización, apertura de la economía, descentralización de los procesos productivos, la incorporación de nuevas tecnologías, especialmente en el área de la comunicación e información, han traído con ellos cambios en el mundo del trabajo, se ha dado una insuficiente creación de empleos y una creciente precarización de los puestos

de trabajo, donde la pobreza se encuentra en estrecha relación con los niveles y patrones de empleo.

Analizamos el surgimiento de una feminización de la pobreza y una discriminación por género, clase, raza y edad, generando grupos aún más vulnerables, los cuales suelen caer en los distintos sectores de la informalidad. *“Así pues, las mujeres tienen más posibilidades que los hombres de encontrarse en la economía informal”* (OIT, 2002: 25) Y la pobreza está *“directamente relacionada con los patrones de empleo, así como con la desigualdad y procesos de discriminación existentes en la sociedad”* (OIT, 2004: 9)

En este contexto se dan *“prácticas discriminatorias contra la mujer (...) operan como procesos simultáneos de separación y jerarquización, ‘el otro’ es considerado como diferente y al mismo tiempo inferior”* (OIT, 2004: 14). En el último tiempo se ha dado la incorporación masiva de las mujeres al mundo laboral formal, sin embargo se concentran *“en los empleos de menos calidad, irregulares e informales”* (Heintz, 2006: 1). Sin protección social, seguridad social, normas de seguridad y higiene y así limitando sus posibilidades de agrupación.

Tomando a S. Sassen (Sassen, 2003) son las ciudades globales los sitios estratégicos para la valorización de los componentes del capital y la coordinación de los procesos económicos globales. La ciudad es el lugar para la incorporación de un gran número de mujeres, en la mayoría de los casos inmigrantes al mundo del trabajo, sin embargo el modo de incorporación vuelve a estas trabajadoras invisibles. Existe una polarización entre trabajadores; algunos son sobre valorizados, como las finanzas y servicios, y por otro lado son muy desvalorizados trabajos de manufactura y servicios de bajo valor agregado. Estos trabajos son de bajos salarios y en la gran mayoría realizados por mujeres e inmigrantes. Esta dinámica del trabajo ha valorizado algunas áreas hasta sobre valorizarlas y así agudizan las distancias entre sectores de la economía.

La escenificación de la mujer en el imaginario colectivo, hace que el mercado genere espacios para su inserción, pero esta inserción conlleva precarios empleos, con bajas remuneraciones salariales, generando una tendencia de las mujeres a migrar a la economía informal o circuitos globales alternativos en búsqueda de mejores oportunidades. Sin embargo en la informalidad existen otros riesgos, como es la

desprotección social. Estos circuitos son contrageografías de la globalización debido a que se vinculan con las principales dinámicas constitutivas de la globalización. Y las *“contrageografías ponen al descubierto las conexiones sistémicas entre, por un lado, las mujeres, en su mayoría pobres y mal remuneradas, que con frecuencia son representadas como una carga más que como un recurso, y por otro, que están surgiendo como fuentes importantes de la generación ilegal de ganancias y como una fuente significativa de divisas para los gobiernos.”* (Sassen, en línea: 12). Este es el caso de las mujeres recolectoras en Santiago.

El Estado-nación ya no es el único representante de la población, ahora existe un escenario internacional donde las mujeres pueden obtener mayor representatividad en la ley internacional, dando así paso a la emergencia de nuevos sitios de normatividad y la formación de nuevos regímenes legales transnacionales e instituciones regulatorias que son privados o supranacionales, sin embargo la economía informal –en la mayoría de los casos, los cuales no cuentan con contratos de trabajo- queda fuera de estos espacios supranacionales y por lo tanto las mujeres recolectoras.

A partir de lo anterior nos preguntamos ¿Cómo opera el género con el trabajo precario? ¿Cómo operan conjuntamente estas dos categorías, las cuales son más que la suma de ellas?

En Chile, en base a la ENCLA 2006 las mujeres constituyen 28.6% menos de un tercio de la fuerza laboral masculina, y vemos que las trabajadoras se concentran en tres ramas de actividad, -en todas las demás representan menos del 50%- servicios social y de salud con un 74,9% intermediación financiera 66.3% y hoteles y restaurantes 52,7%. En las ramas de actividad económica mencionadas antes con mayor proporción de trabajadores: construcción, industrias, manufactureras metálicas y explotación de minas y canteras, las mujeres representan menos del 10%.

Los resultados de la investigación de T. Salamé, distingue que las mujeres viven una *“exclusión del mercado de trabajo, y, por otro, la exclusión en el mercado de trabajo. Este último tipo de exclusión (...) se denomina marginalidad ocupacional.”* (Salamé, 2004: 36)

Esta exclusión *del* mercado laboral, alude a las dificultades que tienen las mujeres para incorporarse al mundo de la producción remunerada, debido a la división social del trabajo y a la forma de asignación de los papeles al interior del hogar. Sin embargo cuando se logran insertar *en el* mercado laboral son nuevamente excluidas, lo que se denomina marginalidad ocupacional⁴, que alude al *“conjunto de factores que conducen a que las mujeres se incorporen al trabajo en condiciones que, si bien no son las causantes directas de la pobreza, contribuyen a perpetuarla, por cuanto se asocian a la carencia de recursos para buscar mejores alternativas de empleo”* (Salemé, 2004: 37) es decir apunta a la discriminación de género dentro del mercado laboral. Entendiendo pobreza como situación de vulnerabilidad, frente a riesgos naturales como enfermedades o a riesgos de naturaleza políticas-económicas.

La marginalidad ocupacional implica precarios empleos, y uno de sus factores es la exclusión del mercado laboral, debido a una reducida gama de trabajo donde se pueden insertar las mujeres en el mundo laboral.

De este modo, se ve que las mujeres más pobres de la sociedad –los dos primeros quintiles- al momento de inserción en el mercado del trabajo, en relación a sus pares los hombres, suelen estar más expuestas a una precaria inserción laboral y por ende mayores dificultades para lograr la autonomía económica. De este modo existe una relación entre la pobreza femenina y la precariedad de los empleos obtenidos, generando un proceso de feminización de la pobreza. La reproducción y masificación de un mercado de trabajo segmentado y heterogéneo no favorece a las trabajadoras.

IV. La construcción de la femineidad de las recolectoras

La categoría de género no estudia a las mujeres sino a las sociedades, debido que son éstas las que dan forma a este concepto. La categoría es una construcción social, en donde las sociedades transforman una condición biológica en un concepto; es el sexo socialmente construido de un ordenamiento socio-cultural. Es así como se desnaturaliza

4 Variable que mide en la investigación de T. Salemé.: el nivel de remuneraciones; la existencia o no de un contrato escrito de trabajo; si se efectúan o no cotizaciones en el sistema previsional; el grado de continuidad en la relación contractual; la incidencia del subempleo, y el carácter formal o informal de los empleos, adoptando a este último respecto la definición que utiliza la OIT.

el sexo afirmando que es un conjunto de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que la misma sociedad elabora a partir de las diferencias sexuales, las cuales se organizan y dan sentido a las relaciones entre personas sexuadas. Como plantea T. De Barbieri *“El género constituye la categoría explicativa de la construcción social y simbólica histórico-cultural de los hombres y las mujeres sobre la base de la diferencia sexual”* (Barbierie, 1992: 111). El género es un hecho cultural y aprendido, que cambia en tiempo y espacio, donde es el sexo heredado y el género aprendido culturalmente. Entonces la historicidad del concepto es su razón de nacer y de ser.

Esta concepción conlleva que las relaciones generadas entre personas sexuadas, posean distintas cuotas de poder entre hombre y mujeres, generando desigualdades sociales dependiendo de la sociedad en la cual se encuentre inserta. Esto implica la existencia de una relación jerárquica en la que unos y otros ocupan posiciones asimétricas en cuanto acceso a los recursos sociales.

De este modo, el género es una práctica social R.W. Connell analiza el género como una estructura de prácticas sociales referidas a lo que los cuerpos hacen, pero no reducida al cuerpo biológico. El género existe gracias a la biología, pero no determina a lo social, es una forma de ordenamiento de la práctica social organizada donde es creada e inventada pero no autónoma. Entonces la masculinidad y la femineidad son configuraciones de prácticas de género. Lo relevante es la configuración de la práctica asociada a una cierta forma normativa.

Judith Butler afirma que el género es una práctica o ‘performance’ de improvisación en un escenario constrictivo, donde la viabilidad de nuestra individualidad depende de las normas, las cuales ellas a su vez, dependen de las distintas expectativas sociales y es así como permea todas las prácticas. Son las normas quienes condicionan el deseo y el reconocimiento de la sociedad. El género es una norma que produce al sujeto, donde el sujeto y el género van en conjunto. Y es una norma que estandariza las prácticas y hace al sujeto inteligible socialmente.

A partir de estas concepciones de la categoría de género, se da una construcción de las identidades femenina y masculina, que tiene un arraigo histórico y nuevas articulaciones en estos días. En una primera instancia la familia nuclear se analiza como la fuente

reproductora de los roles sexuales basados en la división social del trabajo. A la mujer le correspondía los roles expresivos, como cuidar niños, tareas dentro del hogar, y al hombre el rol instrumental, de proveedor del hogar generado en la esfera pública.

Luego con la llegada de la modernidad, la mujer se va insertando en el mundo del trabajo, en la mayoría de los casos en trabajos relacionados a cuidados o servicios. De este modo *“la identidad tradicional de las mujeres que enarboló la definición de familia nuclear como tipo ideal está siendo resquebrajada, y nuevas perspectivas de identidad femenina emerge en el panorama social”* (León, 1985: 188) así se ve, como las identidades son construidas y poseen historicidad, pero tienen un arraigo en la concepción maternal-doméstica. De este modo nace la categoría de género, dejando de lado el concepto de roles sexuales, debido a considerarse uno irreflexivo, cargado de reificación, reproduciendo estereotipos, debido que el concepto de género no es un rol sino una construcción analítica.

Son las identidades femeninas y masculinas quienes dan coherencia a las existencias, son un puente entre la experiencia individual y la vida social, donde la identidad de género es un producto cultural, legitimadores de ciertos tipos de relaciones sociales de poder, que se encuentran en los diversos discursos sociales. (Fuller, 1997).

Respecto a la construcción de la identidad femenina en Chile, rescatamos la investigación de C. Mora, quien postula que la apropiación de la economía neoliberal en América Latina ha generado *“transformaciones en las relaciones de género e identidades, principalmente a través de la influencia de la reorganización de la producción impulsado por una economía de libre mercado”* (Mora, 2006: 45) considerando diferencias por clase sociales y grupos de edad. De este modo se han creado las *“naciones de autonomía, autosuficiencia, y la elección individual, promovido por los cambios económicos, los cuales han tenido un efecto en las relaciones de género a través de la creciente necesidad y la importancia de un trabajo remunerado en la vida de la mujer”* (Ibid). Es importante destacar que no se plantea *“a favor de una categoría universal o ideal de la mujer en Chile”* (Ibid).

Las nuevas nociones adoptadas están presente y constituyen las identidades femeninas chilenas, sin embargo *“esto no significa que los regímenes anteriores de género no tienen*

ninguna influencia sobre los discursos de la femineidad” (Ibid: 48) el cual está constantemente presente en los discurso de las mujeres, donde “todas las mujeres entrevistadas consideran la maternidad y la vida en el hogar como parte integrante de la femineidad. A través de las clases sociales y grupos de edad, la mujer se refiere a la descripción de la domesticidad y funciones maternas como fuentes importantes de la identidad de género” (Ibid: 49).

Como Jacqueline nos cuenta *‘el trabajo me arregla la vida, mis hijos tienen que comer y yo solita me las arreglo’*. Una identidad femenina donde la maternidad está presente y también el trabajo como generador de valor de autonomía y autosuficiencia.

Sin embargo, Gladys afirma *‘la gente te mira más mal por ser mujer y estar en la basura...una vez un señor, así todo cuico, con corbata y todo, me dijo que yo era muy linda para estar en la basura y me tocaba el pelo y me miraba las manos y me decía que tenía las manos flaquitas...así lindas...y mira son así como delicadas pero ya están rotas con esta pega de mierda’*

A partir de de estas experiencias nos preguntamos ¿Por qué se considera que una mujer no debe trabajar en la recolección de los residuos de la sociedad y un hombre puede hacerlo?, ¿Qué sucede con la construcción de femineidad cuando una mujer realiza un trabajo marginal? Entonces, ¿Qué concepciones de femineidad está presente en nuestra sociedad, en el hecho que una mujer no puede hacer un trabajo considerado sucio, sin embargo un hombre sí?

Las experiencias de las recolectoras muestran que ellas, como mujeres que realizan un trabajo marginal no poseen las características necesarias para ser femeninas. Su construcción de femineidad no es correctamente completada debido a su trabajo y a la basura que tocan con su cuerpo. Concepciones construidas *en y de* la sociedad chilena. Dice Blanca *‘mira la cosa es simple, si tu estai metida en esta pega no eri femenina y se acabó...a lo mejor cuando me arreglo mucho y escondo este cuerpo que se cae, puede ser’*. La femineidad aparece relacionada con la pureza, lo limpio y lo bello. Además como agrega Blanca *“mira yo tengo un hijo...a mi me encanta hacerle cariño, es que él es súper regalón, pero cómo voy a ser buena madre si llego muerta a la casa y cochina. Lo más importante es ser madre, pero este trabajo no te deja, por eso tampoco soy como femenina”* Una femineidad en estrecha relación con el rol de ser buena madre y de encontrarse limpia.

Estas concepciones de la mujer madre, pura y bella se encuentra en relación con la mujer independiente, trabajadora y autónoma, conceptos que inciden en la construcción de la femineidad. No obstante las nociones de madre y pura se encuentran en tensión con el tipo de trabajo que realizan las recolectoras con los desechos de la sociedad. Es por esto que las recolectoras en su trabajo de los desechos desafían estas identidades de femineidad tradicional, vista como la pureza arraigada en la sociedad.

El modelo de mujer tradicional –modelo mariano- transmitido a través de esquemas morales de división del trabajo asignan a cada género códigos éticos diferentes. La fortaleza y responsabilidad son virtudes masculinas, y la pureza y vergüenza sexual son femeninas (Fuller, 1993). En relación a lo anterior podemos decir que existe en la sociedad nociones derivadas del modelo mariano.

Entonces, la construcción de la femineidad de las mujeres recolectoras está fuertemente influenciada con las nociones de domesticidad y maternidad vistas como limpieza y pureza. Estas concepciones están en tensión con el trabajo que realizan las recolectoras, debido que la sociedad lo considera indigno por estar en relación con lo impuro, con lo contaminado, con lo desechado. Esto no quiere decir que desaparezcan los sentimientos de autonomía e independencia, sin embargo en la construcción de la femineidad de estas mujeres en particular, las nociones de belleza y pureza entran en tensión y de este modo cobran relevancia.

Vemos que existe un discurso *de femineidad inacabada*, donde la suciedad de los desechos incapacita a las recolectoras a ser totalmente femeninas. Percepción que ellas reconocen que nace de cómo son vistas por los demás. Blanca nos cuenta *'lo que pasa es que ser femenina lo deciden los otros, lo que te ven a ti, como mujer y no como en la basura... me entendí.. si esto es simple... no te compliqué...si no estoy trabajando podi llegar a ser más femenina... pero si te ven en la basura no po'*

Distinguimos un segundo discurso que llamamos *individualista*, donde la autonomía y autosuficiencia son los pilares que los guían. Este discurso nace por estar manteniéndose y/o manteniendo una familia. Nos cuenta Jacqueline *'yo decido cuando soy femenina y cuando no, pero yo siempre soy mujer...pero que importa, si yo soy la que me gano la comida'*.

Estos dos discursos se encuentran presentes hoy en día en las mujeres recolectoras, el primero y más fuertemente arraigado, le llamamos *sentimiento de femineidad incompleta*, donde por el hecho de trabajar con desechos, ellas no son suficientemente puras y por ende no tienen todas las características necesarias para ser femeninas. En este discurso ellas reconocen que nace desde la auto-percepción de cómo son vistas por los demás. Este discurso nos permite analizar a la sociedad como un gran hombre.

El segundo discurso es el *individualista*, donde todas las recolectoras se encuentran satisfechas por trabajar y poder lograr subsistir por ellas mismas. Pero, comprenden el precio que deben pagar por su trabajo marginal, para ellas un sentimiento de femineidad incompleto entre varios otros costos más.

Es importante entender las construcciones de femineidad y cómo éstas operan en relación a otros fenómenos sociales, de este modo "*la identidad de género no puede ser hegemónica y que, como es un prisma, la identidad de cada individuo está cruzada por otros aspectos*" (León, 1985: 180) es así que se realiza un cruce con el trabajo precario de las recolectoras y con observaciones de los movimientos de sus cuerpos en interacciones, para lograr hacer este análisis.

V. EL cuerpo y la interacción

V. a El cuerpo en las sociedades modernas occidentales

La mujer que realiza de la basura un trabajo de sobrevivencia, trabaja con su cuerpo como herramienta, buscando y seleccionando lo que es útil dentro de los desperdicios de la sociedad. Esta imagen nos presenta una concepción dualista del cuerpo, donde se ve el cuerpo como un instrumento para un trabajo. Para comprender lo que representa el cuerpo hoy en día, analizamos lo planteado por David Le Breton, el cual distingue el cuerpo como un objeto privilegiado para analizar los fenómenos sociales y culturales.

La corporalidad humana es un campo de estudio de materia simbólica, objetos de representaciones y de imaginarios. El cuerpo es uno moldeado social y cultural, convirtiéndose en el vector semántico por el cual se construyen las relaciones del actor con el mundo. Así "*La existencia es, en primer término, corporal*" (Le Breton, 2002: 7)

En las relaciones sociales lo que se *“pone en juego, en terreno de lo físico se origina en un conjunto de sistema simbólico”* (Ibid). El sistema simbólico es compartido por una comunidad, donde el actor humaniza el mundo al hacerlo parte del suyo, al convertirlo en un universo familiar y comprensible, cargado de sentidos y de valores.

De este modo *“a través de su corporalidad el hombre hace que el mundo sea a la medida de su existencial”* (Ibid), transformándolo en un tejido familiar, comprensible y disponible para su acción. Esto está reflejado en los expresado por Jacqueline *‘yo en la calle voy haciendo el quite a las personas, uno habla con quién uno sabe que tiene que hablar...uno va siempre a los mismos lugares y está con los mismo...en la calle todos me conocen’*.

Las recolectoras realizan su oficio como forma de supervivencia debido a no tener otras posibilidades de trabajo, de este modo vemos que *“la lucha por la supervivencia que se renueva cada día, implica, en primer término una lucha contra el propio cuerpo”* (Le Breton, 1995: 95).

Existen procesos de socialización de la expresión corporal dados por las comunidades de origen y están marcadas por las transformaciones sociales y culturales que se imponen en los estilos de vida. Modelando la expresión corporal socialmente pero también dependiendo del estilo propio del individuo. Como Jacqueline nos cuenta sobre su historia *‘Yo trabajo el papel, lo que es el reciclaje, a ver...nacía y criada, tengo veinte tantos años en el papel, trabajo desde los 8 años. Yo he vivido toda la vida de lo que los demás botan, cachuriando’*.

El cuerpo es la construcción de una realidad simbólica, el cual no es dado en sí su propia realidad (Ibid: 95). Este cambia de una sociedad a otra, debido que cada una tiene su propia visión, asignándole distintos valores y sentido, *“el hombre no es el producto de su cuerpo, él mismo produce las cualidades de su cuerpo en sus interacciones con los otros y en su inmersión en el campo simbólico. La corporalidad se construye socialmente”* (Ibid: 19). Como lo expresa Jacqueline *‘a mí en mi casa, mis vecinas no me discriminan por la pega...es que siempre llego arreglada pa’ la casa y no llevo nada de aquí ah, en verdad es porque yo siempre saludo...así onda educada y pregunto si les falta algo... yo soy súper buena gente’*

Analizamos que el carretón es un triciclo utilizado para recolectar el material por las calles. Este carretón de las trabajadoras se encuentra metafóricamente unido a ellas, a través de él se realiza una construcción de sentido, se logra realizar el trabajo, trabajo que son

ellas, porque su cuerpo está impregnado de esta actividad. Como nos relata Irma *'salir con el carro, el carro esta unido a mí, es todo, sin él yo no sería nada... desde los 13 años que estoy en esto... y el carretón lo tengo...este hace poco, pero el primero como a los 14'*

En el cambio de comunidad a sociedad la concepción del cuerpo también varía. Como expresa D. Le Breton, en la comunidad *"no es posible discernir entre el hombre y su carne en las representaciones colectivas, mezclada con el cosmos, con la naturaleza, con los otros"* (Le Breton, 2002: 31). En cambio en las sociedades modernas cambia la tendencia que domina la concepción del cuerpo, ésta está vinculada al nacimiento del individualismo como estructura social predominante de las sociedades modernas occidentales, generando la separación de los hombres, uno de los otros, adquiriendo grados de autonomía y diferenciación en los valores. De este modo la persona se constituye como individuo, como yo, situándose al centro del mundo. Esto es posible a partir de la conformación de una triple ruptura; ruptura del sujeto con los otros, con el cosmos y consigo mismo.

Tomando a Emilio Durkheim vemos que el cuerpo se convierte en un factor de individuación. Así *"el cuerpo funciona como un límite fronterizo que delimita, ante los otros, la presencia del sujeto"* (Le Breton, 1995: 22). Existen diferentes formas de individualismo dependiendo de los grupos sociales y culturales. Esto es explicado empíricamente por Durkheim en sus estudios sobre el suicidio, donde analiza que *"es la constitución moral de la sociedad la que fija en cada instante el contingente de las muertes voluntarias"* de este modo *"cada grupo social tiene realmente por este acto una inclinación colectiva que le es propia y de las que proceden las inclinaciones individuales; de ningún modo nacen de éstas."* (Durkheim, 1998: 326). Como Blanca nos cuenta *'mi cuerpo soy yo po', mi persona, mi trabajo, lo que hago, lo que hablo, yo soy yo po', distinta a la otra gente'*.

V. b Las interacciones y sus técnicas

La vida en sociedad está conformada por rituales de interacción en las relaciones humanas, en el cual rigen los encuentros entre el hombre y el mundo, y entre los hombres entre sí. Cada hombre interpreta y simboliza las múltiples situaciones de la vida cotidiana, es en ésta donde se encuentra el sentido y el lugar de socialización del cuerpo, renovándose en cada momento. Como expresa Irma *'Yo soy de la calle, de la calle de los cabros,*

conozco a todos, a todos los comerciantes del centro...de la calle soy porque me mezclo con gente de la calle'.

El trabajo de la selección de basura requiere de aprendizaje, de ciertas habilidades de manejo en la calle, no cualquier persona puede llegar e ir *cachureando* por Santiago. En este trabajo existen esquemas simbólicos de convivencia que se encuentran implícitos en las relaciones.

Se observa la utilización de varios mecanismos para poder sobrellevar las interacciones en la calle, al momento de trabajar. Como planeta D. Le Breton existe un mecanismo social, el borramiento ritualizado, el cual ayuda a facilitar las interacciones. Toda sociedad tiene ritualizaciones de la vida cotidiana, donde *“el cuerpo se borra, desaparece del campo de la conciencia, diluido con el cuasi-automatismo de los rituales diarios.”*(Le Breton, 1995: 122).

Las sociedades modernas se basan en el borramiento ritualizado, traducido en el distanciamiento y ritos de evitación. Existen distintas técnicas para pasar desapercibidas, es decir siempre las recolectoras deben estar en lugares donde no molesten a los transeúntes de la ciudad, donde no sean completamente visibles ni en lugares turísticos. Ellas realizan un esfuerzo por volverse transparente.

Tomando lo planteado por M. Mauss vemos que existen técnicas corporales que son *“la forma en que los hombres, sociedad por sociedad, hacen uso de su cuerpo en una forma tradicional”* (Mauss, 1979: 337) ellas llevan consigo aprendizajes correspondientes a una idiosincrasia social determinada *“no hay técnica ni trasmisión mientras no haya tradición”* (Ibid: 342). Estas técnicas corporales se dividen y varían según edad y sexo, son adiestramientos aprendidos y formas de vivir.

Las recolectoras se encuentran adiestradas por su trabajo, ella saben cómo revisar la basura, cómo moverse en la ciudad y cómo mirar a las personas de la ciudad. Debido a esto, ellas están seguras en su trabajo, protegidas por su conocimiento, gracias a un aprendizaje propio, a través de la realización de este oficio, de la observación de los otros realizando ésta labor y/o por la enseñanza de su contexto familiar.

V. c La mirada en las interacciones

Los sentidos están muy presentes en la relación del hombre con el mundo. Donde el hombre es un habitante corporal del espacio y es hoy la mirada *“la figura hegemónica de la vida social urbana”* (Le Breton, 1995: 102). El encuentro con un sujeto siempre se inicia en la evaluación del rostro. Al momento de cruzarse las miradas, se genera una apreciación recíproca y una evaluación de la presencia. Gladys nos cuenta *‘yo sé donde tengo que mirar, pero a mí me miran, siempre te miran, pero yo pa’ que voy a mirar’*

El cuerpo del transeúnte que observa a las recolectoras en la calle se siente incómodo con su cuerpo, no saben cómo mirar o si debe o no mirar, debido que el que mira no quiere incomodar al otro. Sin embargo el que mira, con su propio cuerpo expresa un desconcierto, como se llama en términos coloquiales *‘se le cae la cara’*. Esto sucede porque el cuerpo de la trabajadora genera un quiebre de sentido, debido a que su cuerpo no cumple el estereotipo del cuerpo moderno, uno sano, vital y joven. Inclusive cuando sean mujeres sanas, jóvenes y tengan bastante energía. Sólo el hecho de estar en los residuos de la sociedad su cuerpo se marca convirtiéndose en un cuerpo marginal. Como expresa Blanca *‘en la calle algunos te miran mal y otros te miran bien...pero los que te miran mal...te miran distinto, con diferencia’*

El valor del cuerpo higiénico transmitido por la publicidad (Ibid), genera que el cuerpo de las trabajadoras de los desechos sea el opuesto al deseado, sólo por el hecho de trabajar *en y con* la basura. De este modo los transeúntes utilizan técnicas para no tener que relacionarse con ellas y así no generar quiebres de sentidos. Como lo explica Blanca *‘algunos si me ven, caminan por el frente, se aíslan, es inconsciente. Pero no se dan cuenta’*

De este modo las recolectoras son portadoras de un estigma social. Concepto que tomamos de la teoría de E. Goffman, donde el estigma es utilizado para hacer referencia a un atributo desacreditador, pero lo relevante, es el lenguaje de relaciones no de atributos. El estigma se construye en las relaciones sociales, donde se confirma la normalidad o la anormalidad.

Las recolectoras cargan con la fuerza del estigma social, debido que su cuerpo es marginal, no cumple con los parámetros establecidos por la publicidad y aceptados socialmente. No es un cuerpo higiénico, ni bello. La estigmatización se da por el trabajo

que ellas realizan, lo cual se ve reflejado en su cuerpo. Es el trabajo de estar *en y con* la basura, lo que las marca socialmente.

Sin embargo las personas intentan esconder sus atributos desacreditables como nos cuenta Blanca *'yo llego a mi casa y me baño, me pongo un poquito de colonia...pero igual se nota...mira mis manos son de vieja y el olor no sale... pero en verdad yo no lo siento...pero me lo trato de sacar y de que nadie se entere que trabajo en el papel'*. Estos atributos desacreditables ya se encuentran marcados en la corporalidad, de este modo se convierten en atributos desacreditados, por ende ellas cargan con toda la fuerza del estigma.

En las interacciones el error está permitido, debido que hay técnicas que logran rectificar el error para lograr seguir una interacción con adecuación. Como nos cuenta Jacqueline *'cuando me miran feo yo a la cuicas las basilo porque no? Igual no nos vamos en mala, siempre después uno le dice algo que arregla. Pero nosotras las basilamos porque son personas igual que uno. ¿Por qué tiene más plata? Cuando te morí, somos todos iguales, morimos todos en el mismo hoyo'* Analizamos que si el llamado *'basilo'* es con humor, lo incómodo se puede sobrellevar, debido a que el humor disminuye la desconfianza, y permite hablar temas que no son permitidos (Le Bretón, 1995).

V. d El saber popular

Hoy en día el saber ya no está basado en lo culturalmente hereditario, sino es un saber especializado, el cual la cultura erudita posee las reglas y criterios verdaderos. Esto se refiere específicamente al saber biomédico encontrándose desunido con el saber popular, presente hasta nuestros días. El saber médico es anatómico-fisiológico, y representa el saber oficial de las sociedades.

Sin embargo, el saber popular también se encuentra presente en las sociedades modernas, y es diferente al biomédico. En el saber popular se puede encontrar una dimensión simbólica relacionada a los cuerpos donde *"el cuerpo no es considerado nunca como algo distinto del hombre, como sucede en el saber biomédico"* (Ibid: 85) de este modo *"este conocimiento tradicional no aísla el cuerpo del universo"* (Ibid)

Este saber se encuentra presente en Jacqueline *'ah mira tu teni enferma la cabeza...mira teni que echarte meao tuyo, pero mezclado con toronjil cuyano, hacerte un tratamiento por una semana, echártelo*

todos los días...y listo...yo curé a mis dos cabras chicas...puta es que el doctor me dijo que no se podía hacer nada más que operar, y ellos no me podían operar porque yo no tenía plata'. En contraposición a las instituciones médicas, en el saber popular el contacto es lo más importante y es una adquisición de un saber-hacer generando un vínculo estrecho entre hombre y naturaleza.

VI. Consideraciones finales

Luego de analizar el trabajo precario de las recolectoras, las desigualdades de género, la presencia de dos discursos de femineidad y el cuerpo de las recolectoras como vector de interacción, reconocemos una carga que llevan las recolectoras, debido a la existencia de una triple marginalidad y de este modo una desigualdad entrecruzada entre el género y el cuerpo en un trabajo precario.

Las recolectoras viven una *triple marginalidad y discriminación*, la cual está compuesta por: i) tener un cuerpo deteriorado y marcado por ser trabajadoras de los desechos de la sociedad ii) por ser mujeres insertas en un mundo del trabajo donde se da una marginalidad ocupacional y iii) por ser mujeres realizando un trabajo que la sociedad no considera que ellas deben realizar, discriminación por género.

La representación social del cuerpo de las recolectoras, las vincula a la basura, debido a tener un cuerpo deteriorado por un trabajo sin las mínimas condiciones para su realización. El cuerpo muestra que es una mujer pobre con un trabajo que no le permite cumplir con los estándares de apariencia difundidos por la publicidad: cuerpos bellos, jóvenes y sanos. Aun cuando ellas puedan ser jóvenes, encontrarse sanas y ser bellas.

A partir de la triple marginalización, analizamos la existencia de una *doble estigmatización social*: i) producto de un cuerpo forjado por un trabajo marginal, mostrando un cuerpo de un sector pobre de la población y ii) por ser mujer y trabajar con los desechos de la ciudad. En este último punto es donde encontramos la construcción del discurso de *sentimiento de femineidad incompleta*.

Para comprender la existencia del discurso de sentimiento de femineidad incompleta y la constitución simbólica de la recolección de desechos como trabajo marginal inscrito en el cuerpo, indagamos sobre la impureza y sus límites.

Lo que constituye qué es desecho y qué no lo es, varía en cada sociedad, de este modo ningún objeto es residuo por sus cualidades intrínsecas o por su lógica interna, sino porque fue desechado. En el momento de depositar un objeto en la basura se convierte en basura. Asimismo vemos que las ideas de pureza e impureza se inscriben en un todo mayor, la sociedad. Donde son las recolectoras quienes ponen en cuestión los criterios de límite de lo útil y lo inútil, convirtiéndose en trasgresoras.

Como plantea la antropóloga M. Douglas *“la suciedad ofende al orden. Su eliminación no es un movimiento negativo, sino un esfuerzo positivo por organizar el entorno”* (Douglas, 1970: 14). Son los desechos una forma que poseen las sociedades de ordenar su manera de vivir. Las ideas de contaminación se relacionan con la vida social, y poseen una carga simbólica y valórica. De este modo *“la reflexión sobre la suciedad implica la reflexión sobre el nexo que existe entre el orden y el desorden, el ser y el no-ser, la forma y lo informe, la vida y la muerte”* (Ibid: 19).

Las fronteras de lo útil-inútil varían en cada sociedad, es producto de un diseño humano (Bauman, 2005) que marca lo aceptado y lo rechazado, sin ser por diferencias entre productos, sino por un diseño elaborado.

Como plantea Bauman existe un diseño humano, el cual realiza el trabajo de delimitar lo aceptado y lo rechazado, lo deseable y lo repulsivo, el adentro y el afuera del mundo, y esto no se diferencia entre productos útiles-inútiles, puros-impuros. Si no, es la configuración de la misma frontera lo que delimita lo aceptado y lo rechazado y, de ese modo, lo inútil y lo útil. Entonces es la suciedad un producto de la configuración de sistematización y orden de la materia.

El sentimiento de femineidad incompleta se relaciona con la frontera que delimita en la sociedad la utilidad de los productos. Su trabajo se relaciona con lo inútil, aun cuando siguen siendo útil los materiales que se re-utilizan, pero ya cruzaron la frontera de la inutilidad y de la impureza al momento de ser desechado.

Al trabajar informalmente con lo impuro, lo desechado, lo inútil, ellas tienen la percepción que los demás las ven como inútiles, impuras y así desechos humanos (Bauman 2005). En relación a lo anterior, vemos que las concepciones de femineidad incompleta presente

en las recolectoras se encuentra en una estrecha relación y tensión con las concepciones de madre pura.

Esta configuración logra realizarse, debido al no reconocimiento de su trabajo y al encontrarse vinculado con la informalidad, ilegalidad y marginalidad. Si ellas fueran reconocidas formalmente, la fuerza del estigma disminuiría (no desaparece nunca) debido al sentimiento de colaboración al orden social. No obstante, no desaparece el estigma, por el hecho de seguir vinculadas a los desechos considerados inútiles, lo cual sigue ofendiendo al orden, aun cuando sea una actividad formal.

Son las recolectoras quienes desafían estos criterios que delimitan, porque ellas recogen lo que ya se ha denominado basura, desecho, la suciedad de la sociedad. Cuestionando la inutilidad de los elementos y de este modo el orden social establecido, el *ethos* moderno. Estas trasgresoras del orden social, en respuestas reciben la marginalización.

El discurso de *sentimiento de femineidad incompleta*, nace de la percepción de no ser vistas por los demás como mujeres puras, por el hecho del trabajar con desechos, así no logran las características necesarias para ser femeninas. A partir de este resultado, del trabajo de campo, analizamos a la sociedad en su conjunto como un gran hombre dominante.

Como plantea P. Bourdieu el orden social opera como una *“inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que ya se apoya: la división sexual del trabajo”* (Bourdieu, 2002: 22). Considera que existe un androcentrismo, es decir una cosmovisión desde lo masculino, y por ende una arbitrariedad del hombre sobre la mujer, empezando por la división de los sexos como natural. Así, es el mundo quien construye el cuerpo como realidad sexuada y como depositario del principio de una visión mítica, arraigada en las relaciones arbitrarias de dominación masculina.

Se realiza una justificación natural, pero en realidad los cuerpos están sometidos a una construcción social, y así se legitima una relación de dominación inscribiéndola en una naturaleza biológica que es, en sí misma una construcción social naturalizada. La dominación masculina es impuesta a través de la violencia simbólica a todos los agentes, impuesta a las recolectoras a través de las miradas. Esta violencia no se reproduce por

voluntad o conscientemente, sino está inscrita en lo más íntimo de los cuerpos bajo disposiciones.

Luego de analizar la doble estigmatización que cargan las recolectoras, consideramos que existe un profundo sentimiento al interior de las recolectoras, que aún no hemos dado a conocer en profundidad. Esto se encuentra en relación al discurso *individualista* de construcción de femineidad, en el cual la recolectora posee sentimientos de mujer independiente, trabajadora y autónoma; generados por el trabajo.

Las recolectoras sienten un profundo orgullo por ser mujeres trabajadoras y lograr subsistir dentro de esta sociedad, aun cuando consideran a la sociedad extremadamente injusta, ya que ellas no tienen la posibilidad de salir adelante de una manera formal y sin estigmatización.

A partir de este discurso, ellas poseen una *valorización positiva* del oficio que realizan, al ser capaces de subsistir gracias a su trabajo. Esta valorización no está cargada de rencor ni odio hacia otras personas o hacia la sociedad, debido a la gratitud de poder tener remuneración y así poder ser autosuficientes e independientes.

Sin embargo, esto se encuentra inserto en una tensión conflictiva con la *valoración negativa* que realiza la sociedad en su conjunto, donde la recolección de residuos trasgrede el orden social, el *ethos* moderno. Esto es, lo que gatilla el sentimiento de femineidad incompleta, tensión contradictoria que ellas deben cargar durante su vida.

En relación a lo anterior nos preguntamos ¿qué dinámica genera la existencia de grandes masas desprotegidas insertan en trabajos marginales?

Analizamos que es el trabajo quien nos permite ‘existir socialmente’ (Castel, 1997) entendido como ocupar un lugar en la sociedad. Sin embargo existen algunos que se inscriben en los bordes de la sociedad, “*lo que cristaliza en la periferia de la estructura social -en los vagabundos antes de la revolución industrial, en los ‘miserables’ del siglo XIX, en los ‘excluidos’ de hoy- se inscribe en una dinámica social global*” (Ibid: 22) donde la cuestión social de hoy es dada por las dinámicas globales y “*se plantea explícitamente en los márgenes de la vida social, pero ‘pone en cuestión’ al conjunto de la sociedad*” (Ibid).

Existe una producción de 'residuos humanos' (Bauman, 2005) o seres humanos residuales, los cuales son los excedentes de sociedad, la población que no es reconocida. Esta consecuencia inevitable de la modernidad, es un efecto secundario de la construcción del orden y del progreso económico y la producción y eliminación de los residuos humanos conforma un problema contemporáneo.

Anteriormente, varias regiones del mundo se encontraban total o parcialmente al margen de la modernización, vistas por las demás sociedades, como lugares capaces de absorber los excedentes de población de los países desarrollados. Sin embargo la modernización ha llegado a los lugares más remotos, generando un gran número de población 'superflua' "*superfluo significa supernumerario, innecesario, carente de uso (...) comparte su espacio semántico con personas o cosas rechazadas, derroche, basura, desperdicios: con residuos*" (Ibid: 16).

La modernización ha generado que este grupo de personas se encuentre privado de medios de subsistencia y en algunos casos sin lugares para ubicarlos. De este modo, vivimos una etapa mundial, de buscar soluciones locales a problemas producidos globalmente, los cuales tienen escasas posibilidades de éxito (Ibid: 93-97).

Las recolectoras se mueven en los márgenes de la población superflua, debido a que ellas no tienen los medios de subsistencia, pero se las ingenian con distintas estrategias de supervivencias para lograr vivir en la modernidad. Su forma de lograr sobrevivir puede desaparecer de sus vidas muy fácilmente y así ellas caerían a la población superflua y a los márgenes de la estructura social. De este modo ellas viven en una constante inseguridad social (Castel, 1997).

Es el mercado, en este caso el negocio de la basura, inserto en la dinámica global, quien decide cuándo las recolectoras se insertan en él, comprando productos elaborados a través del sufrimiento social (Bourdieu, 1999) de las trabajadoras.

BIBLIOGRAFIA

- Bauman, Z. (2005) *Vidas desperdiciadas, La modernidad y sus parias* Ediciones Paidós Ibérica S.A.
- Bonder, G. (1999) *Género y Subjetividad: avatares de una relación no evidente*. En: Montecino, Sonia y Alexandra Obach. *Género y Epistemología: Mujeres y Disciplinas*. LOM: Santiago.
- Bourdieu, P. (1999) *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica S.A Argentina.
- Bourdieu, P. (2002) *La dominación masculina*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Butler, J. (2001) *El Reglamento del Género*, Editorial Paidós Barcelona.
- Ídem. (2006) *Deshacer el Género*. Editorial Paidós Barcelona.
- Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social, una crónica del salario* Paidós Bs. Aires.
- Connell R. W *La organización social de la masculinidad*. En Valdés, T. y J. Olavaria. *Masculinidad es poder y crisis*. Ediciones de las Mujeres N°24. Santiago: ISIS Internacional, FLACSO.
- De Barbieri, T. (1992) *Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica*. En fin del siglo. *Género y cambio civilizatorio*. Ediciones de las Mujeres 17, Santiago: Isis Internacional.
- Dirección de Trabajo, Chile (2006) *Resultados de la quinta encuesta laboral ENCLA*
- Ídem. (2006) *ENCLA Inequidades y brechas de género*.
- Douglas, M. (1970) *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Siglo XXI ediciones S. A
- Durkheim, E. (1998) *El suicidio*. Ediciones Akal Madrid España.

- Fuller, N. (1997) *Identidades masculinas*. Pontificia Universidad católica del Perú fondo editorial.
- Ídem. (1993) *Dilemas de la Femeinidad*, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Goffman, E. (2003) *Estigma la identidad deteriorada* Editores Amorrortu Bs. Aires-Madrid.
- Helia, H y Riquelme, V. (2006) *Lejos del Trabajo decente: El empleo desprotegido en Chile* Departamento de estudios, cuaderno de investigación N°30 Dirección del Trabajo Chile.
- Lamas, M. (1990) *La antropología feminista y la categoría de género. El género; la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG.
- Le Breton, D. (1995) *Antropología del Cuerpo y Modernidad*. Editorial Nueva visión, Buenos Aires.
- Ídem, (2002) *Sociología del cuerpo*. Editorial Nueva Visión, Buenos Aires.
- León, M. (1985) *Género e Identidad La familia nuclear origen de las identidades hegemónicas femeninas y masculinas*. Ediciones Uniandes.
- Mauss, M. (1979) *Sociología y Antropología técnicas y movimientos corporales*. Editorial Tecno.
- Mora, C. (2006) *The Meaning of Womanhood in the Neoliberal Age: Class and Age-Based Narratives of Chilean Women*. Gender Issues.
- OIT (2002) *Conclusiones sobre el trabajo decente y la economía informal*. La Conferencia General de la Organización Internacional del Trabajo, congregada en su 90.ª reunión.

Ídem. (2003) *Mujeres, Pobreza y Mercado de Trabajo Argentina y Paraguay* Impreso en Chile.

Ídem. (2004) *Desigualdad Entrecruzadas Pobreza, Género, Etnia y raza en América Latina*

Ídem. (2008) Chant. Sylvia Pedwell, Carolyn *Las mujeres, el género y la economía informal: evaluación de los estudios de la OIT y orientaciones sobre el trabajo futuro*. Oficina Internacional del trabajo-Ginebra: OIT,2008

Salazar, G. (1995) *Los pobres, los intelectuales y el poder Chile 1989-95*. Serie de documento de análisis. Pas.

Sánchez, M. y Labbé, J. (2002) *El Sector Informal en Chile: Una Visión Estadística*

Sassen, S. (2003). "Hacia un análisis feminista de la economía global" *Los espectros de la globalización Mujeres bajo fuego*. España

Ídem. (en línea) "La Feminización de la supervivencia" *Contrageografías de la Globalización*; Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales www.cholonautas.edu.pe

Selamé, T. (2004) *Mujeres, brechas de Equidad y Mercado de Trabajo Chile*. OIT